EL PAN DE TU PALABRA- 3

INTRODUCCIÓN

Señor, he leído despacio tu evangelio perteneciente al año 2007. Y te confieso que me ha despertado un mayor por tus enseñanzas. He querido también situar la reflexión contemplativa en el ambiente en el que te desenvolvías en tu predicación urgen y apremiante.

Espero que los lectores encuentren en el Pan de tu Palabra un motivo para amarte cada día y para hacer el apostolado que nos corresponde a todos y a cada uno.

Con afecto,
Felipe Santos, Salesiano

MARZO 2007

1 marzo 2007
Mt 7,7-12

El criatiano es aquel que quiere ser como Cristo. En la oración la vida de Dios llega a ser nuestra. La única condición para recibirla es quererla y pedirla.

Santiago escribe: "Si a alguno le falta la sabidría, pídale a Dios que da genersomente. La petición, sin embargo, hágase con fe, sin duda, para que se asemeje a la ola del mar movida y agitada por el viento, y no piense recibir del Señor algo en un hombre inestable y dudoso en su ánimo y acciones" (Sant 1,5-8). Y añade: "No tenéis porque no pedís; pedís y no obtenéis porque pedís mal" (Sant 4,2-3).

La oración es infalible si pedimos lo que es conforme con la voluntad de Dios, con una confianza que desea todo y no considera imposible nada, con una humildad que espera todo y nada pretende.

La oración no es importunar a Dios para obtener lo que queremos, sino la unión de un hijo que pide lo que el Padre quiere dar.

Pedid, buscad, son imperativos en presente que nos mandan continuar pidiendo,y buscando, sin cansarnos nunca (cfr Lc 18,1).

La condición de la eficacia de la oración no es sólo la fe del hombre, sino sobre todo la bondad de Dios. Dios es mucho mejor que cualquier padre. Lo que vale entre padre e hijo, vale sin comparación entre Dios y el hombre que lo invoca.

El v. 12 se llama "la regla de oro". Jesús afirma que la perfección cristiana consiste en la perfección del amor del prójimo. Toda la enseñanza evangélica se resume en el servicio al otro, incluso al precio del propio interés, porque el otro es el hermano. El imperativo “haced” requiere un amor concreto y activo.

El amor cristiano es más que una comprensión sencilla o benevolencia con los necesitados y débiles: es considerar al otro como la parte integrante del propio ser. Por esto el pecado es el mayor y egocéntrico, y la virtud más importante es el compromiso social y comunitario.

La "regla de oro" consiste sobre todo en la "regla de saber poner en los panes a los demás," en la capacidad de trasferirse con amor y fantasía en la situación del otro (incluso enemigo). La falta de fantasía es falta de amor.

En el proceso de Majdanek resultó evidente que esta falta de inmediatez en los otros puede tener consecuencias desastrosas. Los acusados de este horrible campo de concentración demuestran la casi total incapacidad de transferirse a la situación de las otras víctimas.

2 marzo 2007

Mt 5,20-26

La concepción de la justicia según san Mateo no puede ser confundida con la de Pablo. Para Pablo la justicia es la justificación de Dios concedida por gracia al hombre; para Mateo es el recto obrar requerido por Dios al hombre.

Jesús ha vuelto a poner en vigor la Ley como ley de Dios y documento de alianza, pulida de todas las torturas y las añadiduras de las tradiciones humanas y de las incrustaciones depositadas por los siglos.

La mejor justicia, que debe superar la de los fariseos y escribas, requerida por Cristo a sus discípulos, está también en el hecho de que Jesús ha reconducido a cada uno de los preceptos a un pricipio dominante: la exigencia del amor de Dios y del prójimo, de la que dependen la Lay y los Profetas.

Jesús no propone una ley diversa, como aparece claro en Mateo 5,17: "No penséis que he venido a destruir, sino para dar cumplimiento".

Jesús habla con autoridad igual a la de Dios que dio los Diez Mandamientos. "Pero os digo" no contradice lo que se ha establecido, sino que lo aclara, lo modifica en lo que suena a concesión y pasa de las simples acciones a los deseos del corazón, del que proviene todo.

"Pero os digo" no es una antítesis, sino un complemento: la muerte física viene de la muerte interna del otro: de la ira, desprecio, ruptura de la fraternidad en sus encuentros. La ira es la muerte del otro en su propio corazón. El desprecio es la muerte interior que prepara y permite la exterior.

Todas las guerras proceden de una campaña denigratoria del enemigo, considerado indigno de vivir y merecedoras de la muerte: por consiguiente, matarlo es un deber; es una obra grata a Dios,como nos ha dicho Jesús: "Veréis que quien os mate, pensará que agrada a Dios y la da culto" (Jn 16,2).

El mandamiento del amor al prójimo es superior al del culto. La paz con el hermano es condición indispensable para la paz y el encuentro con el Padre. Lo que impide el contacto con los hermanos impone también el contacto con Dios.

No sólo quien ha ofendido, sino también quien ha sido ofendido, debe reconciliarse con el hermano antes de tomar parte en un acto de culto. No es cuestión de razón o de hurto, cuando hay algo que divide a dos miembros de la misma comunidad, tal obstáculo debe desaparecer para poder comunicarse con Dios.

La vida es un camino de reconciliación con los demás. No importa si se ha errado o se tiene razón: si no se está de acuerdo con los hermanos, no se es hijo de Dios. La realidad de los hijos de Dios se manifiesta necesariamente en el vivir de los hermanos en Cristo.

Si no se pasa de la lógica del débito a la del don y del perdón, se pierde la vida de hijos del Padre (cfr Mt 18,21-35).

3 marzo 2007

Mt 5,43-48

El mandamiento del amor, indistintamente de todos, es el supremo complemento de la Ley (v. 17). Jesús ha llegado a esta conclusión lentamente tras haber hablado de la extensión de la ira y de la inmediata reconciliación (vv. 21-26), respecto a la mujer (vv. 27-30) y la propia mujer (vv. 31-32), desde la verdad y sinceridad en las relaciones interpersonales (vv. 33-37),hasta la renuncia a las reivindicaciones y ventas (vv. 38-42).

El principio del amor al prójimo se ilustra con dos ejemplificaciones prácticas: rezar por los enemigos y saludar a todos sin discriminación. La la sinceridad más grande del amor es pedir a Dios bendiciones y gracias para el enemigo. Este vértice del ideal evangélico se puede comprender sólo a la luz del ejemplo de Cristo (cfr Lc 23,34) y de sus discípulos (cfr Hch 7,60). El que reza por su enemigo se une con él ante Dios. En sentido cristiano la oración es la recompensa que el enemigo recibe a cambio del mal que ha hecho.

El precepto de la caridad no tiene cuenta de las antipatías personales y de los comportamientos del prójimo. El prójimo de cualquier color, bueno o malo, benévolo o ingrato debe ser amado. El enemigo es el que tiene más necesidad de ayuda: por esto Jesús nos manda ofrecerles nuestro socorro.

El mandamiento del amor a los enemigos revoluciona los comportamientos tradicionales del hombre. La benevolencia cristiana no es filantropía, sino participación en el amor de Dios. Su universalidad se justifica sólo a esta luz: "para que seáis hijos de vuestro Padre (v. 45), y "sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto" (v. 48). El cristiano expresa del modo más seguro y verdadero su parentela con Dios amando indistintamente a todos.

El amor al enemigo es la esencia del cristianismo. San Agustín nos enseña que "la medida del amor es amar sin medida", o sea, infinitamente, como ama Dios.

En cuanto hijos de Dios los cristianos deben asemejarse a su Padre en el modo de ser y actuar y sentir. El amor a los enemigos es el camino para llegar a la propia perfección.

La perfección del que habla Mateo es la imitación del amor misericordioso de Dios con todos los hombres, incluso los malos e injustos. El cristiano es una nueva criatura (cfr 2Cor 5,17) y no puede actuar según sus instintos y caprichos, sino conformes con la vida nueva en la que se ha regenerado.

Jesús pone como término de la perfección la actuación del Padre, que es un punto inarribable. La imitación del Padre y pr consiguiente de Jesús, es la única norma de la actuación cristiana, la única vía para superar la moral farisaica. Ser perfectos como el Padre es en concreto imitar a Cristo en su plena y heroica sumisión a la voluntad del Padre, y en su dedicación a los hermanos.

Y llegando a ser perfectos imitadores de Cristo, es como son perfectos imitadores del Padre.

Marzo 4 **2007**

Lc 9,28a-36

La trasfiguración desde al misterio de Jesús es el Hijo del Padre, el predilecto. El Padre ordena a todos:"¡Escuchadle"! La obediencia a "Jesús sólo" (v. 36) es el culmen de la narración. Ahora sabemos quién es Jesús y por qué lo debemos escuchar.

La orden de escucharlo mira particularmente a cuanto Jesús ha dicho en el relato anterior, donde revela la necesidad de la cruz para él y nosotros.

Los tres discípulos tienen una visión anticipada de la gloria que hay que afrontar con el paso obligado de la cruz anunciada por Jesús (v. 22). Pedro, Juan y Santiafo son los mismos testigos de la resurrección de la hija de Jairo.Para Mateo y Marcos son también los testigos de la agonía en Getsemaní.

Lo definitivo e importante de esta revelación se cita en la Segunda Carta de Pedro: "No por haber ido tras de fábulas artificiosamente inventadas os hemos dado a conocer el poder y la venida del Señor, sino porque somos testigos oculares de su grandeza. El recibió honor y gloria de Dios Padre cuando le dirigió estas palabras: "Este es mi Hijo predilecto en el que me he complacido. Esta voz la hemos oído bajar del cielo mientras estábamos con él en el monte santo.

Y tenemos confirmación en la palabra de los profetas…" (1,16-19).

El monte de la tradición bíblica es el lugar privilegiado del encuentro del hombre con Dios. Lucas precisa que Jesús se fue el monte a orar. La trasfiguración de Jesús se comprueba por la aparición de dos personajes muy comocidos en la historia bíblica, Moisés y Elías. La presencia de dos exponentes del Antiguo Testamento no es fortuita. Han venido para dar testimonio de Cristo. El es la conclusión y el punto de llegada de la Ley y de los Profetas.

Moisés y Elías hablaban con Jesús de su próximo éxodo que debía cumplirse en Jerusalén. La muerte de Jesús no es el fin, sino el éxodo hacia la gloria. La pasión y muerte es un episodio, la gloria de la resurrección será el estado real y definitivo de Cristo.

La propuesta de Pedro (v. 33) parte de una interpretación superficial del acontecimiento. Ha visto la fascinación de un mundo reunido sin demasiada fatiga y quiere formar parte en seguida de él, y lo que es peor, quiere cinrcunscribirlo a una búsqueda limitada de personas. Quiere alcanzar la salvación sin la muerte en la cruz.

La visión no termina con la desaparición de Moisés y Elías, sino que entra en una segunda fase. El interrogativo “¿quién es Jesús?" encuentra la respuesta del mismo Dios: "Este es mi Hijo predilecto" (v. 35).

Al fin, en la escena se queda sólo Jesús ante los discípulos. El subrayado de "Jesús solo" es intencional. No hay ningún otro maestro o profeta fuera de él: él es absoluto y único.

La trasfiguración es una anticipación y una explicación del anuncio de la resurrección de la que había hablado al final de la profecía de la pasión (v. 22).

5 marzo 2007

Lc 6,36-38

Dios es el punto de referencia de la acción cristiana. Toda la preocupación del creyente es repetir en la propia vida sus comportamientos.

Jesús intenta quitar de nuesta cabeza la idea de un Dios que se sienta como juez en un tribunal, para sustituirlo por el de un Padre que se sienta en casa con sus hijos a los que quiere y desea que su mente lo vea con comprensión paterna. El esfuerzo del juez es llegar a una sentencia de condena, el del padre, como el del cristiano, a una absolución total. El cristiano es llamado a imitar y adherire al compromiso paterno de Dios con todos indistintamente.

El amor de los enemigos es una gracia que nos hace misericordiosos como el Padre.

Jesús nos enseña cómo debemos comportanos en los encuentros con aquellos que no nos aman: no juzgad, no condenéis, perdonad, dad. Y estos cuatro mandamientos se practican con una gran generosidad, desmedida porque con la medida con la que midáis, se os medirá por Dios.

El deseo del hombre es "llegar a ser como Dios" (Gen 3,5). Ahora, después de la revelación del verdadero rostro de Dios en Jesús, es posible captar la vía para llegar a ser como Dios. La esencia de Dios es la misericordia: "Porque, tal y como es su grandeza, así es tu misericordia(Sir 2,18).

Nuestra experiencia fundamental de Dios desde el momento en que estamos en el pecado y en mal, sabemos que es la misericordia de Dios la que nos salva y perdona. Este amor de misericordia es el único posible en la situación en la que nos encontramos de hecho.

Si el amor se expresa en el don, la misericordia se expresa en el perdón, de modo que "donde ha abundado el pecado, sobreabunda la gracia" (Rm 5,20).

El adjetivo que Lucas usa aquí para decir ”misericordioso” es *oiktìrmon*, que indica la expresión externa de la misericordia, tanto compasión como intervención. Este adjetivo, aplicado a Dios, se emplea sólo dos veces en todo el Nuevo Testamento: aquí y en la carta de Santiago 5,11. En la traducción de los SETENTA *oiktìrmon* traduce el hebreo *rahamin*, que indica el útero. Esto significa que Dios misericordioso se nos presenta como padre y como madre.

A este propósito es precioso cuanto ha escrito san Clemente de Alejandría: "Por su misteriosa divinidad Dios es Padre. Pero la ternura (*sympathés*) que tiene por nosotros lo convierte en madre. Amando, el Padre llega a ser femenino" (*Quis dives salvetur, 37,2*).

La primera imagen que el hombre tiene de Dios es de uno que juzga. Y la imagen de un Dios que juzga con severidad es el último ídolo que Jesús logra quitar, haciendonos ver que nuestro mal lo lleva en su cruz, "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

La cruz de Cristo es el único juicio posible al Padre de la misericordia que justifica a todos, cualquiera que juzga a otro se equivoca siempre. Y el error no está en el hecho de que el juicio del hombre es falaz, sino en el hecho mismo de juzgar porque es usurpar el poder de Dios y sobre todo porque Dios no juzga sino que justifica, no condena sino que condona.

El juicio final de salvación o de perdición no se opera por Dios, sino por mí; no en un tiempo indeterminado o escondido, sino ahora en la relación diaria con los hermanos. Esta es la misericordia de Dios: deja a nosotros el juicio a nosotros mismos, y es el mismo juicio que pronunciamos sobre los demás. Si no juzgamos a los otros, Dios no nos juzga. Si perdonamos a los demás, Dio nos perdona.

En la medida en que se da al hermano, se recibe de Dios. El único metro de medida del don que recibimos es nuestra capacidad de donar. Dios renuncia a medir como renuncia a juzgar.

Seamos medidos y juzgados por nosotros mismos, según nuestro amor a los demás.

Dio no conoce medida al darse. La única limitación a la misericordia de Dios tiene lugar en nuestras entrañas de misericordia.

6 marzo 2007

Mt 23,1-12

Cada página del evangelio está escrita para la Iglesia. Los escribas y fariseos somo nosotros, invitados a reconocernos en ellos. El problema presentado por este relato es siempre el mismo: ¿ponemos en el centro de todo a Dios?

Jesús critica a los fariseos y escribas, y a nosotros con ellos, porque hacen todo para ser vistos y alabados: Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres" (v. 5). Se preocupan en recitar la parte del hombre pío y devoto más que de vivir una sincera relación con Dios.

La falsedad se observa en una buena dosis de vanidad y orgullo. En un mundo en que la religión se tiene en consideración, las personas religiosas adquieren automáticamente la máxima reputación. Ellas ocupan, casi por convención humana, el puesto de honor debido a Dios. De hecho, los fariseos con su piedad simulada tienen puestos de importancia en las sinagogas y convites, y cuando aparecen en público reciben inclinaciones, obsequios y saludos en los que se ven sus títulos honoríficos.

También los discípulos son exhortados a rechazar estos comportamientos de los fariseos y escribas. Los títulos honoríficos y las reivindicaciones de poder están fuera de lugar porque todos son hermanos, hijos del mismo Padre (v. 8) y son guiados por el mismo Cristo presente en ellos (v. 10).

En la comunidad cristiana los más grandes son los últimos y el único primado que cuenta es el servicio (v. 11). Hay que huir del derecho de control y dominio de unos sobre otros. A menudo sucede que nuestro Señor es predicado por señores a los que damos lo que le pertenece a él.

Al fin Jesús debe referirse a los mandos (sea vuestro siervo: v. 11)y a las amenazas para humillar al que se había colocado por encima de los demás. (v. 12).

Mateo confronta dos imágenes de la Iglesia. Una farisaica, pomposa, aparente y vacía, dominada por jefes ávidos de honor y poder; otra cristiana, constituida por amigos y hermanos. Esta última no es anárquica, porque la dirige directamente Cristo y el Padre, de quienes todos son hijos. Los que ejercen funciones o encargos están llamados a testimoniar con las obras más que con las palabras (cfr v. 3) la presencia invisible del Padre, no a sustituirla. Porque él no está nunca ausente.

La iglesia es una comunidad de iguales, una comunidad que tiene como criterio de discernimiento el servicio. En ella existe una diversidad de papeles y de responsabilidad, que deben desenvolverse como servicio.

Este estilo tiene como modelo a Jesús mismo, que ha venido para servir (cfr Mt 20,26).

La lógica de las relaciones que debe regular la comunidad cristiana es la de la humildad. La condición dictada po Jesús: "si no os conertís yy no solis como niños, no entraréis en el reino de los cielos (Mt 18,3) es la adhesión estrecha y exactamente opuesta al de la autosuficiencia de los escribas y fariseos.

7 marzo 2007

Mt 20,17-28

El relato es un contrapunto entre dos glorias: la del Hijo del hombre y la de los hombres. La primera consiste en consignarse, en servir y dar la vida; la segunda consiste en poseer, asesinar y dar muerte. Es una lucha entre el egoísmo y el amor, donde el amor vence con la propia confianza y el egoísmo pierde con la propia derrota.

La narración es un diálogo de equívocos entre Jesús y los discípulos. Lo que la madre de los Zebedeos quiere de Jesús no es la gloria, es decir, Dios, sino la vanagloria, el tener, poder y aparecer.

El relato se articula en tres partes: la verdadera gloria del Hijo del hombre (vv. 17-19), la ceguera de los discípulos que la confunden con la gloria

de los hombres (vv. 20-24) y la confrontación entre dos glorias (vv. 25-28).

Este texto nos prepara al siguiente con el que forma uno: la iluminación de los ciegos de Jericó será la caída de la vanagloria, que nos impide recibir la gloria.

La revelación del Hijo del hombre que sale a Jerusalén es la luz que acaba con nuestras tinieblas y desvela a cada uno la verdadera identidad de Dios,cuya gloria es amar, servir y dar la vida.

En este relato se enfrentan el modo de pensar y actuar del mundo y el Jesús. Uno se presenta en el comportamiento de los grandes, en su voluntad de opresión y de dominio; el otro se caracteriza por la conducta de Jesús, que ha venido a servir y dar la vida por la humanidad.

El ejemplo de Jesús debe inducir a un cambio de mentalidad. El compromiso requerido por Jesús no nace espontaneo, no es congenial al hombre: requiere una conversión. S. Kierkegaard escribió: "No tengo la mínima participación en Cristo, ni la más lejana comunión con él, si no te has puesto en sintonía con él en su humildad.

"Ser pequeños" es un compromiso contrario al de los hombres, llenos de poder y de grandeza. Jesús se ha hecho pequeño hasta la muerte de cruz (cfr Fil 2,5-11). Todos esperábamos que el Hijo del hombre hubiera venido para ser servido y para morir por los pecadores. Y por el contrario, no. Ha venido para servir y para dar la vida en rescate por todos.

Le naciones se organizan como sociedad, la Iglesia es una familia en la que no se nos considera superiores y súbditos, patronos y subalternos, sino solamente hermanos (cfr Mt 18,15.21.35). El espíritu de supremacía y hegemonía acerca de sus propios semejantes no es cristiano, sino diabólico (cfr Mt 4,1-11). Cualquier forma de autoridad en la Iglesia no debe ser un dominio, una señoría, un poder, sino un servicio. Lo dice inequívocamente: "Quien quiera ser el mayor entre vosotros, sea vuestro siervo; y quien quiera ser el primero, debe ser vuestro esclavo" (vv. 26-27). La comunidad cristiana nunca llegará a entender el poder humano.

El "servicio" es un concepto teológico antes de ser un compromiso práctico. No hace referencia a una forma de ejercer el poder, sino a la forma de concebirlo. El siervo no es el responsable de la casa, no tiene ningún poder y mucho menos sustituir al duelo, tomando decisiones en su puesto. El es sólo un sirviente que coopera a la buena marcha de la casa, que no es la suya, y por esto no debe considerarla como tal. La Iglesia es de Dios, de Cristo (cfr Mt 16,18) que la gobierna directamente (cfr Mt 28,18-20), antes de que tramite encargos particulares.

En cuanto a Dios, Jesús hubiera pretendido (según nosotros) un tratamiento del “señor", haciéndose servir. Pero en lugar de hacer valer sus derechos soberanos ha renunciado a favor de las multitudes haciéndose su siervo y entregando su vida por su rescate,o sea por la liberación de la esclavitud de todo género.

Eligiendo la condición servil se ha propuesto estar cercano a cuantos vivan en esclavitud y volverles a dar la conciencia de su dignidad humana y su libertad. El texto tras el himno de la carta a los Filipenses 2,5-7: pues siendo Dios se ha hecho siervo, realizando con su muerte en cruz su servicio. Pues siendo rico, se ha convertido en pobre para enriquecer a todos (cfr 2Cor 8,9).

La verdadera grandeza y la libertad auténtica está en la humildad del servicio. Jesús está en medio de nosotros como el que sirve (cfr Lc 22,27; Jn 13,1-17).

8 marzo 2007

Lc 16,19-31

Este relato ilustra de forma negativa Lc 16,9: "Pues bien, os digo: Procuraros amigos de riqueza deshonesta, para que, cuando os falte, os acojan en sus moradas eternas". Es una advertencia para usar justamente la injusta riqueza.

La vida terrena es un puente realizado sobre el abismo entre la perdición y la salvación. Hay quien ejerce la misericordia con los necesitados.

La alianza pasa siempre con el Señor mediante el amor por el hermano pobre (cfr Es 2,20-26; 23,6-11; Lv 5,1-17; ecc.). La carta de Santiago la sintetiza así:

"Una religión pura y sin mancha ante Dios es ésta: socorre a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones y conservarse puros en este mundo" (1,27).

El rico de la Biblia es el ateo práctico que ha hecho de sí el centro de todo y se ha puesto en el lugar de Dios. El pobre es el que espera la ayuda de Dios: Lázaro significa "Dios ayuda". No desea lo que es necesario para el rico, sino lo superfluo. Los perros son más compasivos que los ricos.

La comunidad cristiana a la que se dirige Lucas tenía necesidad del aviso que Santiago había dirigido a los cristianos: "Escuchad, hermanos míos queridos: Dios no ha elegido quizá a los pobres del mundo para hacerlos ricos con la fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman. Vosostros, en su lugar, habéis despreciado al pobre. ¿No son quizá los ricos los que os tiranizan y os llevan a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el bello nombre que vosotros invocáis? … Hablad y actuad como personas que deben ser juzgadas según una ley de libertad, porque el juicio será sin misericordia contra quien no haya empleado misericordia; la misericordia supera siepre al juicio" (2, 5-7.12-13).

En esta parábola las escenas se siguen como una película. Las situaciones del pobre y del rico hay que verlas en el momento de la muerte.Ella no nivela a todos, como el guadañero empareja la hierba del prado, pero las distingue y divide: el rico se hace pobre y el pobre se hace rico.

En la otra vida el rico es un mendicante, y sus preguntas no son contestadas, sí las de Lázaro. El que comía y bebía con placer, no dispone siquiera de una gota de agua. A los varios placeres con los que es colmaba en la vida terrena, ahora sólo tiene un fuego que lo devora sin consumirlo.

Los "bienes" han sido para él ocasión de ruina, como para Lázaro “los males” han sido motivo de salvación. La única preocupación del rico se centraba sobre sí mismo, y por eso había dejado a Dios y al prójimo. La riqueza, que es siempre un don de Dios al hombre, puede ser ocasión de mal. Al contrario, la pobreza es un bien, porque está alejada del ánimo del egoísmo y de los placeres y diversiones de la vida.

El intento de la parábola no es el de aterrorizar a los ricos sin misericordia y ateos, sino exhortarlos a la misericordia mientras están en esta vida. La Ley y los Profetas se sintetizan en el mandamiento del amor al prójimo (cfr Rm 13,10). El verdadero problema es pues creer en la palabra de Dios. Mientras vivimos estamos llamados a escuchar seriamente a Cristo (cfr Lc 9,35) y evitar el comportamiento de los fariseos a los que les atraía el dinero y no aguantaban que Jesús los contradijera (cfr Lc 16,14).

Solo la palabra de Dios penetra en lo profundo del hombre que nos hace discernir si somos pobres-felices o ricos-infelices.

9 marzo 2007

Mt 21,33-43.45

Jesús interpela de nuevo a los jefes del pueblo haciéndoles entender que es el momento de los frutos, el momento en el cual Dios pide cuenta de su viña. La aplicación es clara: después de haber rechazado a los profetas, lo responsables de Israel pueden todavía coger la última ocasión para arrepentirse: acoger al Hijo, el heredero. La parábola presenta la muerte del Hijo como un crimen inmediato.

Después de haber preguntado a sus interlocutores que sacasen por sí mismos las conclusiones de la parábola (en el sentido Is 5,5-7), Jesús hace explícito su juicio. ¿A quién se dará el reino de Dios? No a Israel, representado por la viña, sino a los sumos sacerdotes y a los fariseos, los cuales “entendieron que hablaba de ellos” (v. 45). ¿Y a quién se le dará este reino? "A un pueblo que lo hará fructificar" (v. 43). Para Mateo se trata de Israel, pero transfigurado a través de la presencia de Cristo resucitado que cumple la alianza de Dios con los hombres y les hace producir sus frutos.

Los servidores enviado por el dueño de la viña son los profetas. Recordemos dos pasos del Antiguo Testamento: "El Señor envió a sus profetas para que los hicieran volver a él. Estos comunicaron sus propio mensaje, pero no fueron escuchados" (2Cr 24,19); "Desde que salieron vuestros padres de Israel hasta hoy, os he mandado sucesivamente a servidores, los profetas.

Pero no se les escuchó y no se les prestó atención; al contrario siguieron obstinados y actuaron peor que sus padres" (Jer 7,25-26). Nehemías 9,26 constata en síntesis: "Tus profetas les avisaron, pero ellos los mataron y cometieron grandes iniquidades".

El Mesías humillado y matado llegará a ser, desde el día de su resurrección, la piedra angular de la Iglesia, su fundamento indestructible.

Desde el inicio la parábola ha llamado nuestra atención acerca de los frutos. Los frutos del reino de Dios coinciden con la fidelidad en el amor activo, que es la síntesis de la voluntad de Dios. Al fin el juicio estará en la base a los frutos de amor fiel y activo y no sobre la pertenencia a Israel o a la Iglesia.

10 marzo 2007

Lc 15,1-3.11-32

Esta parábola revela el centro del evangelio: Dios como Padre de ternura y de misericordia. El experimenta una alegría infinita cuando ve volver a casa al hijo e invita a todos a hacer una fiesta.

Jesús desde el inicio come con los pecadores (cfr Lc 5,27-32). Ahora invita también a los justos. Atacado por ellos con maldad, los contaataca con su bondad, porque quiere convertirlos.

Pero su conversión es más difícil que la de los pecadores. No quieren aceptar el comportamiento de Dios Padre que ama gratuita y necessariamente a todos sus hijos: su misericordia no es proporcionada a los méritos, sino a la miseria. Los pecadores a causa de su miseria sienten la necesidad de la misericordia. Los justos, que creen estar privados de miseria, no acogen la misericordia.

Este relato se dirige al justo porque ocupa su puesto en la mesa del Padre: debe participar en la fiesta que le hace a su propio hijo perdido y reencontrado. Esta parábola no habla de la conversión del pecador a la justicia, sino del justo a la misericordia.

La gracia que Dios ha empleado con nosotros, sus enemigos, debe mirarse en nuestro compromiso con los enemigos (cfr Lc 6,27-36) y con los hermanos pecadores (cfr Lc 6,36-38). El Padre no excluye de su corazón a ningún hijo. Se excluye de él sólo a quien excluye a su hermano. Pero Jesús se preocupa de recuperar también al que, excluyendo al hermano, se excluye del Padre.

En el mundo hay dos categorías de personas: los pecadores y los que se creen justos. Los pecadores, manteniéndose sin derechos, han encontrado el verdadero título por unirse a Dios. El es piedad, ternura y gracia: por su naturaleza ama al hombre no en proporción de sus méritos, sino de su necesidad.

Los destinatarios de la parábola son los escribas y fariseos, que se creen justos. Jesús los invita a convertirse de su propia justicia que condena a los pecadores,

Pero la misericordia del Padre los justifica. Mientras que el pecador siente necesidad de la misericordia de Dios, el justo no la quiere ni por sí misma ni por los demás, como Jonás (4,9), se irrita grandemente con Dios porque emplea misericordia.

La conversión es descubrir el rostro de ternura del Padre, que Jesús nos revela, volverse del “yo” a Dios, pasar de la desilusión del propio pecado, o de la presunción de la propia justicia, a la alegría de ser hijos del Padre.

Raíz del pecado es la mala opinión sobre el Padre: y esta opinión es común a los dos hijos. El más joven, para liberarse del Padre, se aleja de él con las degradaciones de la rebeldía y la mentira y el olvido, de la alienacoón atea y del nihilismo. El otro llega a ser servil.

Ateísmo y religión servil, disolución y legalismo, nihilismo y victivismo son caricaturas de una única fuente: el reconocimiento de Dios. Estos dos hijos, que representan a la humanidad entera, tienen una idea errónea sobre el Padre:lo ven como un padre-patrón.

Esta parábola tiene como primer intento ir al hermano mayor y aceptar que Dios es misericordia. Este descubrimiento es una alegría inmensa para el pecador y una desconfianza mortal para el justo. Es la conversión de la propia justicia a la misericordia de Dios. La conversión consiste en volverse al Padre que se dirige a nosotros y en tener experiencia de su amor para todos sus hijos. Por esto el justo debe aceptar a un Dios que a ama a los pecadores.

Para aceptar al Padre hace falta convertirse al hermano.

11 marzo 2007

Lc 13,1-9

El relato 13,1-5 nos presenta dos hechos de crónica: la libertad y la maldad del hombre, y la violencia de lo creado. Pero el problema es único: el de la muerte que el hombre vive como una indebida violencia.

Estos dos sucesos reclaman de modo ejemplar lo que mayormente afecta a la fe del creyente: ¿por qué Dios permite los desastres y terremotos y violencias?

La historia con sus injusticias, y la naturaleza con su insensatez parecen dominadas por el maligno (cfr Lc 4,6).El mal, continuamente presente en nuestra existecia, es el problema más relevante y es despiadado para la razón. Esto constituye un problema incluso para la fe: la puede disminuir o incrementar. Solo conociendo los "signos del tiempo" podemos ver en el mal al Señor que viene a salvarnos llamándonos a la conversión.

El problema verdadero de la historia no es alternancia al poder del mal, sino la alternativa a él mismo. No basta cambiar de protagonistas: hay que cambiar de juego.

Jesús no condena a Pilatos, pero no exalta a sus víctimas. Quiere llevarnos a un punto de vista superior: Pilatos y sus víctimas son juntamente víctimas del mismo pecado. De hecho han intentado el mismo juego: los galileos eran más débiles y han perdido.

Jesús ha rechazado como medios del Reino los del enemigo: la riqueza, el poder y el orgullo. La violencia genera siempre otra violencia. La única arma para vencer todos los males es el amor.

El mismo pecado, presente en Pilatos y en sus víctimas, está presente también en los oyentes de Cristo. En el puesto de Pilatos se habrían comportado como Pilatos, en el puesto de los guerrilleros galileos como los guerrilleros galileos. ¿Pero entonces dónde está la verdad? Está solamente en conformar nuestros comportamientos con los de Cristo que se hace cargo del mal de todos.

Las calamidades naturales no son un castigo, sino una llamada a la conversión. El pecado lleva al hombre a la insensatez y también a la naturaleza que tenía en él su fin. Se ha roto la armonía hombre-mundo y todo evento insensato nos llama a buscar en la conversión el sentido de una vida que el pecado ha expuesto al vacío, al no sentido (cfr Rm 8,20).

Discernir los signos del tiempo presente significa leer todo hecho como una llamada a pasar del mundo viejo al mundo nuevo traído por Cristo. De este modo el mal pierde su carácter de fatalidad y viene dominado por el hombre que brilla con un bien mayor: la propia conversión.

El relato 13,6-9 nos presenta la parábola de la higuera estéril: Esta nos ayuda a leer nuestra historia a la luz de la de Jesús. La parábola es transparente. El Padre y el Hijo cuidan del hombre y se espera que responda a su amor. Pero como la higuera es estéril, así el hombre no da frutos de conversión (cfr Lc 3, 8). Pero Dios concede una prórroga al hombre y prodiga su cuidado para que fructifique y no se corte.

El "este año" del v. 8 indica todos los años y siglos de las generaciones que vengan. Es el año de la paciencia y de la misericordia de Dios: "Tiene paciencia con nosotros, no quiere que perezcamos, sino que todos tengamos un modo de arrepentirnos" (2Pt 2,9). Pero no debemos hacer como los "impíos que encuentran pretexto a su disolución en la gracia de Dios" (Jueces 4). No se debe tomar a juego la riqueza de la bondad de Dios, de su tolerancia y paciencia, sino reconocer que la bondad de Dios nos empuja a la conversión (cfr Rm 2,4).

La parábola pone el acento en la bondad de Dios. La maldad del hombre no puede impedir a Dios ser bueno.

12 marzo 2007

Lc 4,24-30

En vez de abrirse a la fe y dejarse envolver por el don de Dios, sus compatriotas se bloquean e irritan. El mensaje se oye, pero se rechaza al mensajero. El rechazo nace porque el mensajero pretende ser escuchado como enviado de Dios. La patria de Jesús lo rechaza porque es un ciudadano cualquiera y no tiene pruebas para sostener su pretexto de ser enviado por Dios.

Los habitantes de Nazaret quieren un signo que demuestre que Jesús es verdaderamente el Salvador prometido; pretenden que Dios demuestre la misión de su profeta de modo que les agrade: en otras palabras, tientan a Dios. Pero la actuación de Jesús no se influencia por lo que los hombres pretendan: hace sólo lo que quiere Dios.

El profeta no actúa por iniciativa propia, sino que está a disposición de Dios que lo ha enviado. En el Antiguo Testamento Dios dispuso que Elías y Eliseo no llevasen su ayuda milagrosa a sus connacionales, sino a dioses paganos extranjeros. No se le concede a Jesús que haga milagros en su ciudad, sino en Cafarnaún. Dios distribuye su salvación según su inquebrantable voluntad, porque la salvación es gracia y no puede ser pretendida por ningún motivo.

Jesús no da prueba de sí con los milagros; por esto los habitantes de Nazaret se sienten en derecho, obligados, a condenarlo a muerte como blasfemo. El castigo de la blasfemia se iniciaba diciendo que era culpable.

Toda la asamblea dela sinagoga de Nazaret lo condena y busca exigir inmediatamente la sentencia.

Se pronuncia la falta de éxito de Jesús en medio de su pueblo.

Se verá excluído de la comunidad de su pueblo, condenado como blasfemo y asesino. Pero la hora de su muerte no ha llegado. De su vida y de su muerte dispone Dios.

Nazaret se abandona para siempre. Jesús toma el camino hacia otras tierras. Los testimonios de sus grandes obras no serán loas conciudadanos, sino los extranjeros, los paganos. Dio puede suscitar hijos de Abrahán de las piedras del desierto.

El modo en el que Jesús ha escandalizado a los "suyos" de entonces es idéntico a los que se escandalizan "hoy". La tentación de domesticar a Cristo es de todos y de siempre, pero Jesús no se deja atrapar: o se le acoge de forma justa o se va.

13 marzo 2007

Mt 18,21-35

Pedro le pregunta a Jesús cuántas veces hay que perdonar: ¿siete veces? Los rabinos discutían esta cuestión; partiendo de Amós (2,4) y de la triple oración de José (Gen 50, 17) pensaban que si se podía llegar a perdonar hasta tres veces.

La respuesta de Jesús es clara. Viendo el canto de Lamech: "Siete veces se le reivindica a Caín, pero Lamec dice 70 veces siete" (Gen 4,24), Jesús desvela la fuentes insospechadas de misericordia generadas con la llegada del reino de los cielos.

Ddelante de Dios todos somos deudores e insolventes. La parábola de hoy nos enseña que el perdón de Dios es el motivo y la medida del perdón fraterno. Debemos perdonar sin medida porque Dios nos ha pedonado sin medida. El perdón a los hermanos es signo de la eficacia del perdón de Dios en nosotros: si no perdonamos, no hemos escuchado realmente el perdón de Dios. El siervo es condenado porque tiene el perdón de por sí y no permite que su perdón se convierta en alegría para los demás. Es necesario imitar el comportamiento de Dios (Mt 5,43-48).

El fundamento de mi relación con el otro es la imitación de la relación que Dios tiene conmigo. Jesús nos ha dicho que nos amemos como él nos ha amado (Jn 13,34); y Pablo dice que nos demos las gracias como Cristo al Padre (Ef 4,32).

La justicia no es la que restablece la paridad, según la regla: quien se equivoca, paga. Es una justicia superior, propia del que ama, que es siempre un débito con todos: al adversario debe la reconciliación, al pequeño la acogida, al descarriado la búsqueda, al culpable la corrección, al deudor la condonación.

10.000 era la cifra más gruesa en lengua griega y el talento la medida más grande. 10.000 talentos es una cifra enorme. El talento corresponde a 36 kilos de metal precioso.

10.000 talentos corresponden a 360 toneladas de oro o de plata. Un talento es parecido a 6.000 jornadas laborales; 10.000 talentos es semejante a 60.000.000 estipendios diarios. Para pagar esta deuda el siervo debería trabajar alrededor de 200.000 años. La cifra exagerada es en realidad una idea pálida de los que Dios nos ha dado.

Cien denarios corresponden al estupendio de cien jornadas laborales. Una cifra discreta, pero del todo normal respecto a la deuda condonado por 10.000 talentos.

Pensar en el propio débito condonado nos hace tolerantes con los otros y magnánimos. Perdonar es una cuestión de corazón: es recordar el amor que el Padre tiene por mi y por el hermano.

14 marzo 2007

Mt 5,17-19

Jesús cumple la Escritura realizando en su persona lo que ellas decían de él. El cumplimiento de la Ley por parte de Jesús no es de orden puramente doctrinal: es el compromiso de su vida y de su muerte.

No ha venido para frustrar las esperanzas del Antiguo Testamento, sino para realizarlas: no vacia la Ley de su contenido, sino que la cumple hasta la útima tilde.

Jesús no es un adversario de Moisés, sino un discípulo suyo; es por el contrario el verdadero legislador que Dios ha enviado a los hombres de todos los tiempos, del que Moisés era sólo un precursor.

A la venida del Mesías, Moisés es invitado a comparecer (cfr Mt 17,8). La Ley era incompleta no porque no expresase la voluntad de Dios, sino porque la expresaba de modo imperfecto e inadecuado. También los mínimos detalles de la Ley conservan su eterno valor, sobre todo si la Ley es la renovada por Cristo (v. 18).

Jesús cumple la Ley, que manifiesta la voluntad del Padre, amando a los hermanos. El amor no descuida ni el más mínimo detalle, antes al contrario manifiesta la propia grandeza en la atenciones mínimas.

Las realidades más sólidas. El cielo y la tierra, podrán pasar, pero no caerá ni una jota (letra) es decir, la parte más pequeña de la Ley, hasta que no se realice. No se trata de salvaguardar el cumplimiento del código hasta en sus mínimas prescripciones, sino de comprender el profundo contenido que sobrevive en el evangelio: el amor. Con la proclamación del Evangelio el Antiguo Testamento no acaba, sino que se actúa en el Nuevo.

15 marzo 2007

Lc 11,14-23

Es el Espíritu Santo el que nos libra del espíritu maligno. En el capítulo cuarto del evangelio de Lucas dijimos: "Jesús, lleno del Espíritu Santo, se alejó del Jordán y el Espíritu Santo lo condujo al desierto donde, durante 40 días, fue tentado por el diablo… Tras haberle sugerido todo tipo de tentaciones, el diablo se alejó de él para volver al tiempo fijado" (Lc 4,1.13). La lucha que Jesús llevó contra Satanás en el desierto, ahora continúa. Su fuerza es el Espíritu del Padre. Frente a estos dos contendientes, cada uno debe aclararse. No es posible permanecer neutrales (cfr v. 23).

Las tentaciones que Jesús sufrió en el desierto vuelven continuamente durante su vida. El diablo y sus amigos piden siempre y monótamente la misma cosa: un signo del cielo (v. 16). Y Dios da sus signos: no los del poder, sino los de la humildad. El signo de Dios es el signo de la Cruz. Nopuede haber uno más grande. Se da por entero a sí mismo y se revela como el amor infinito e incondicional por nosotros.

Vencer el espíritu del mal es el primer objetivo de la misión de Jesús (cfr Lc 10,18) para dar al hombre el Espíritu de Hijo. Cada victoria sobre el espíritu de la mentira y del egoísmo se logra sólo

con la fuerza del Espíritu de verdad y de vida (cfr Lc 9,49-50).

Satanás ha vencido a todo hombre en Adán. Desde entonces él es "el hombre fuerte, bien armado" (v. 21) que hace la guardia a sus poseídos, que son todos los reinos de la tierra (cfr Lc 4,6). Jesús es "el más fuerte" (cfr Lc 3,16) preanunciado por Juan Bautista. Viene de lo alto como sol que surge para poner en riesgo a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte (cfr Lc 1,78-79). Su victoria es automática, como la de la luz sobre la oscuridad. De ella puede sustraerse sólo quien cierra los ojos en la ceguera voluntaria (cfr Jn 9,41). Jesús despoja a Satanás de todas sus armas, que son las del tener, poder y aparentar,cuando se despoje de todo en la cruz. De este modo restituye al hombre lo que el demonio le había quitado: su verdadera identidad de imagen de Dios y su realidad de hijo de Dios.

Estar con Jesús es la característica de nuestra vida presente (cfr Lc 8,2; Mc 3,4) y de la futura (cfr 1Ts 4,17). Quien no es de Jesús está con el diablo. No existe una tercera posición, una tercera posibilidad.

16 marzo 2007

Mc 12,28b-34

La pregunta que el escriba plantea Jesús no es ociosa. La multiplicidad de las prescripciones de la ley (había nada menos que 613, repartidas y 365 prohibiciones-una por cada día de año- y 248 mandamientos positivos, cuantas se creían partes del cuepo humano), se nos podía legítimamente interrogar sobre su valor y preguntarnos cuál era el mandamiento más grande.

La respuesta de Jesús que pone en el amor de Dios y del prójimo el centro de la ley, no es una novedad absoluta: lo enseñaban también los rabinos de entonces. La novedad consiste en haber unificado el texto del Dt 6,4-5 con el texto del Lv 19,18. Pero para captar este centro son necesarias dos precisiones. La Bibia enseña que nuestro amor por Dios y por el prójimo supone un hecho precedente, sin el cual todo quedaría incomprensible: el amor de Dios por nosotros. Aquí está el origen y la medida de nuestro amor. El amor del hombre nace del amor de Dios y debe medirse por sí mismo. Y aquí se inserta la segunda precisión: ¿quién es el prójimo que hay que amar? La Biblia responde: todo hombre que ama a Dios, es decir, a todos los hombres, sin distinción alguna, porque Dios se ha revelado en Jesús como amor universal.

Nuestra vida es amar a Dios y unirnos con él (Dt 30,20), llegándolo a ser por la gracia que le es natural. Nuestro amor por él es el camino para nuestra divinización, porque uno se convierte en lo que ama. Quien responde a este amor pasa de la muerte a la vida, mientras que quien no ama a Dios y al prójimo permanece en la muerte (1Jn 3,14). Dios es amor más fuerte que la muerte (Ct 8,6).

Su fidelidad dura eternamente (Sal 117,2). Cuando morimos nos da la vida. "Reconoced que soy yo el Señor el que abrirá vuestras tumbas y os resucitaré de vuestros sepulcros" (Ez 37,13). Dios ha creado todo para la existencia, porque es un Dios amante de la vida (cfr Sab 1, 14; 11,26).

El amor por el hombre no está en la aternativa al de Dios, pero deriva de él como su fuente. El prójimo llega a ser él mismo cuando el amor de Dios está por encima de todo. A la luz de esta verdad, debemos ver radicalmente nuestro modo de amar: el amor, que esclaviza a los demás, es una confrontación del amor y a esta se llama egoísmo. ¡Cuánta purificación, cuánta gracia de Dios concurren para que el amor sea amor!

17 marzo 2007

Lc 18,9-14

En este relato tenemos dos modelos de fe y de oración. Por una parte el fariseo que está delante del propio yo. Está seguro de su bondad, se justifica a sí mismo y condena a los demás. Por otra, el publicano que, sintiéndose lejano de Dios y no pudiendo confiar en sí, se acusa e invoca perdón.

El fariseo no está delante de Dios, sino de sí mismo, no habla con Dios, sino consigo mismo. Su oración no es un diálogo, sino un monólogo. Parece una acción de gracias a Dios, pero en realidad es una instrumentalización de Dios para la propia complacencia. Se apropia de los dones de Dios para alabarse a sí mismo en vez de al Padre y despecia a los hermanos en lugar de amarlos.

Si la oración no es humilde, es una separación diabólica del Padre y de los hermanos. Es el absurdo máximo: se usa a Dios para buscar el yo. Es el pecado en estado puro.

El fariseo acusa a los otros de ser rapaces mientras él está buscando apropiarse de la gloria de Dios. Acusa a los demás de ser injustos, es decir, de no hacer la voluntad de Dios, mientras él trasgrede el más grande de los mandamientos: el amor de Dios y al prójimo. Acusa a los otros de ser adúlteros mientras que él se prostituye al ídolo del propio yo en vez de amar a Dios.

La religiosidad que él vive es sólo exterior; interiormente hay presunción, maldad, arrogancia que se ve en el juicio despreciativo del hermano pecador, tomado y consiedardo lejano.

Mateo escribe que los fariseos se asemejan a los sepulcros blanqueados, bellos en el exterior, pero podridos interiormente (23,27). Externamente, el fariseo es un creyente perfecto, pero, por dentro, sus pensamientos y sus sentimientos son totalmente diversos de los de Dios, que ama a todos indistintamente y en primer lugar a los pecadores.

Nuestro fariseísmo sale todo cuando rezamos.La oración es el espejo de la verdad: nos hace ver que tenemos el mal aunque lo veamos sólo en los demás. No hay oración verdadera sin humildad, y no existe humildad sin el descubrimiento del propio pecado, incluso las peores circunstancias: la de considerrnos justos.

La oración del publicano es la del humilde: penetra las nubes (cfr Sir 35,17). Es la de de los leprosos y del ciego (cfr Lc 17,13; 18,38); es la oración que purifica e ilumina. Es una súplica con dos polos: la misericordia de Dios y la miseria del hombre. La humildad es la única realidad capaz de atraer a Dios: hace de nosotros vasos vacíos que pueden ser llenados por Dios.

La fe qe justifica proviene de la humildad que invoca la misericordia. La presunción de la propia justicia no salva a ninguno. El justo no es justificado para que no se reconozca el propio pecado.

Sin humildad no hay conocimiento ventajoso ni de sí ni de Dios, y se sigue bajo el dominio del maligno.

Si el pecado es la soberbia y el pecador es soberbio, la humildad que el evangelio pide a todo creyente es la de reconocer la propia humilde realidad del fariseo soberbio.

El autor de la imitación de Cristo sintetiza perfectamente la enseñanza de esta parábola: "A Dios le agrada más la humildad tras haber

pecado que la soberbia tras haber hecho obras buenas".

18 marzo 2007

Lc 15,1-3.11-32

Esta parábola revela el centro del evangelio: Dios como Padre de ternura y de misericordia. Experimenta una alegría infinita cuando ve que el hijo vuelve de lejos, e invita a todos a una fiesta.

Jesús desde el inicio come con los pecadores (cfr Lc 5,27-32). Ahora invita a los justos. Atacado por ellos con maldad, contraataca con su bondad porque quiere convertirlos. Pero su conversión es más difícil que la de los pecadores. No quieren aceptar el comportamiento de Dios Padre que ama gratuitamente a todos sus hijos: su misericordia no es proporcionada a los méritos, sino la miseria. Los pecadores a causa de su miseria sienten la necesidad de la misericordia. Los justos, que creen estar privados de miseria, no acogen la misericordia.

Este relato se dirige al justo porque ocupa su puesto en la mesa de Dios:debe participar en la fiesta que hace por su propio hijo perdido y reecontrado.

Esta parábola no habla de la conversión del pecador a la justicia, sino del justo a la misericordia.

La gracia que Dios ha empleado con nosotros, sus enemigos, debe mirarse en el espejo de su compromiso con los enemigos (cfr Lc 6,27-36) y con los hermanos pecadores (cfr Lc 6,36-38). El Padre no excluye de su corazón a ningún hijo. Se excluye de él quien se excluye del hermano. Pero Jesús se preocupa de recuperar incluso a aquel que, excluyendo al hermano, se excluye del Padre.

En el mundo hay dos categorías de personas: los pecadores y los que se creen justos. Los pecadores al quedarse sin derechos, han encontrado el verdadero título para ponerse del lado de Dios. El es de hecho piedad, ternura y gracia:por su naturaleza él ama al hombre no en proporción de sus méritos, sino de su necesidad.

Los destinatarios de la parábola son los escribas y fariseos, que se creen justos. Jesús los invita a convertirse de la propia justicia que condena a los pecadores, a la misericordia del Padre que los justifica. Mientras que el pecador siente la necesidad de la misericordia de Dios, el justo no la quiere ni para sí ni por los otros,como a Jonás (4,9), se irrita grandemente con Dios porque emplea misericordia.

La conversión es descubrir el rostro y la ternura del Padre, que Jesús nos revela, volverse del “yo” a Dios, a pasar de la desilusión del propio pecado, o de la presunción de la propia justicia a la gloria de ser hijos del Padre.

Raíz del pecado es la mala opinión del Padre: y esta opinión es común los dos hijos. El más joven, para librarse del Padre, se aleja de él con las degradaciones de la rebelición, del olvido, la alienación atea y el nihilismo. El otro, por seguir siendo servil.

Ateísmo y religión servil, disolución y legalismo, nihilismo y victivismo dan a entender su única fuente: el no conocimiento de Dios. Estos dos hijos, que reoprsentan a la humanidad entera, tienen una idea equivocada sobre la narración del Padre: lo ven como padre-patrono.

Esta parábola tiene como primer intento llevar al hermano mayor a que acepte que Dios es kisericordia. Este descubrimiento es una gloria inmensa para el pecador y una desconfianza mortal para el justo. Es la conersión de la propia justicia a la misericordia de Dios. La conversión consiste en volverse al Padre que se vuelve a nosotros y nos hace partícipes de la experiencia de su amor para todos sus hijos. Para esto el justo debe aceptar a un Dios que ama a los pecadores. Para aceptar al Padre es necesario convertirse al hermano.

19 marzo 2007

Lc 2,41-52

Tres veces al año había peregrinaciones Jerusalén, según el mandato del Señor: "Tres veces año festejarás mi honor: Observarás la fiesta de los ácimos…Observarás la fiesta de la cosecha al final de año, cuando recojas el fruto de tus labores en el campo. Tres veces al año se presentará en la presencia del Señor" (Es 23,14-17).

El hijo Jesús perdido es hallado después de tres días en el templo, es decir, en la casa del Padre, sentado. Este hecho anuncia la pascua de Jesús resucitado y sentado a la derecha del Padre.

Lucas narra la infancia del Salvador a la luz de los acontecimientos de su pascua de resurrección. La narración, comparada con las palabras de Simeón, el drama de la pasión (la espada) se cierra con el anuncio de la resurrección. El cuadro de la pérdida y el encuentro anticipan el misterio de la muerre y resurrección de Jesús. María y José representan a la comunidad cristiana, que ha perdido a su maestro, pero después de “tres días” de búsqueda y hallazgo se ve su resurrección en la gloria del Padre.

Aquí nombra Jesús por primera vez al Padre. Las primeras y las últimas palabras de Jesús miran al Padre (Lc 2,49 e 23,46). La paternidad de Dios se incluye en el evangelio de Lucas. Jesús "debe" ocuparse de las cosas del Padre, hablar del Padre, escuchar al Padre y responder a lo que el Padre ha dicho.

No debe maravillar que María y José “no comprendieran sus palabras” (v. 50). El camino de la revelación es todavía largo. Estamos en el inicio.

María no comprende el gran misterio de los tres días de Jesús con el Padre, pero conserva y custodia en su corazón sus dichos y hechos. De este recuerdo constante de la Palabra escuchada, el corazón progresivamente se ilumina por el conocimiento del Señor.

La narración de la infancia se concluye con la vuelta a Nazaret. Del resto de su adolescencia y juventud de Jesús, Lucas no ha dejado nada extraordinario que señalar fuera de su humilde obediencia a los padres. En la familia tiene su puesto de hijo respetuoso y obediente con ellos y haciendo la voluntad del Padre.

El evangelista concluye anotando que Jesús crecía en sabiduría, estatura y gracia. Se revela siempre agradable y amable. Es un reflejo de su santidad, bondad, pero no se dice explícitamente nada.

Los cristianos están llamados a recorrer la experiencia de María para ser como ella, figura y madre de todo creyente. Cuanto se cuenta de María en estos dos capítulos es cuanto debe hacer el cristiano. Pero el modelo sublime que hay que imitar y encarnar es Nuestro Señor Jesucristo.

20 marzo 2007

Jn 5,1-16

Jesús sale por segunda vez a Jerusalén con ocasión de una fiesta hebrea no precisada. El ambiente en donde se desarrolla el milagro es en el lugar reservado a los corderos destinados al sacrificio del templo. Una piscina con cinco pórticos acogía constantemente a su borde a un "un gran número de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos" (v. 3).

La piscina de Betzeda conserva restos de un culto pagano a la divinidad curadera. En este lugar hay claros signos de culto al dios Asclepios-Serapis. La espera del movimiento del agua por obra de un ángel es quizá el residuo de una leyenda popular.

También en este caso está Jesús y es quien lleva la iniciativa. Se le presenta como el dueño de la salud y puede curar enfermedades graves. Su palabra es tan poderosa que puede curar en seguida. Cristo es el verdadero curandero de todo hombre. En particular el prodigio pone a la luz a Jesús como Salvador de los más pobres, débiles y abandonados de todos.

Jesús, al curar en sábado, imita la conducta del Padre, el cual actúa continuamente, incluso el sábado (Jn 5, 17). Según Jesús "el sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado. Por eso el Hijo del hombre es señor también del sábado" (Mc 2,27-28). No está de acuerdo con las tradiciones que van contra la caridad.

Algunos exegetas ven en el agua de la piscina una alusión a la ley mosica que no puede curar, en contraste con las palabras de Jesús que curan. Escribe Loisy: "El agua de Betzeda, como el bautismo de Juan, figura el régimen de la ley, y el caso del paralítico está destinado a mostrar que este régimen no lleva a la salvación. Hay un paralítico inveterado que sólo Jesús puede curarlo; sólo él regenera la humanidad con el don de la vida eterna".

Otros exegetas descubren en los cinco pórticos de la piscina una figura de los cinco libros de la ley mosaica, mientras que el enfermo que lleva 38 años de espera, sería el tipo de cuantos buscan la salvación en la ley. Escribe Braun: "La cifra de 38 años es simbólica. Es una buena razón para unirla a los 38 durante los cuales, según Dt 2,15, los israelitas erraron en el desierto, antes de llegar a las fronteras de la tierra prometida”.

La curación del hombre enfermo durante 38 años, la hace Jesús. No es tanto una obra de miericordia cuanto la manifestación de la obra de salvación de Dios, del Padre, a través de la gracia del perdón y de la salvación.

21 marzo 2007

Jn 5,17-30

Para la tradición rabínica, sólo Dios estaba dispensado del descanso del sábado. De hecho, puesto que el hombre nace y muere también el día del sábado, Dios debe siempre dar la vida y juzgar. El, en este día, no puede permanecer inactivo, sin guiar la historia y el destino de los hombres, pues de otro modo el mundo tendría fin y se le escaparía el control. Este es el sentido de la defensa que Jesús pronuncia ante los judíos: él, como Hijo de Dios, tiene los mismos derechos divinos del Padre. Se oserva que el verbo obrar se usa en presente y en sentido absoluto tanto para el Padre como para el Hijo, e indica igualdad y coordinación única en el obrar.

Acerca de la controversia sobre el sábado, pues, Juan aclara que la discusión de Jesús no se vierte tanto sobre la relatividad de la ley del descanso, sino sobre su autoridad personal, que es superior a la observancia del precepto de sábado. Pretende descubrir el sentido profundo y teológico del sábado, proponiendo el valor de Dios y de la salvación. Si Jesús trabaja en día de sábado es porque él, que es Hijo de Dios, está en relación con el Padre y actúa como él. Como el Padre es superior al sábado y puede trabajar en este día, también puede trabajar siempre, así Jesús, siendo igual al Padre (v. 18), es dueño del sábado y puede afirmar: "Mi Padre trabaja continuamente y lo mismo yo" (v. 17). Para Jesús, dar la vida y la libertad interior del hombre, no es trasgredir el sábado, sino realizando en plenitud según la voluntad del Padre.

Jesús es el Hijo del Padre, el enviado para la salvación del hombre, el que cumple la misma actividad de Dios, encarnándose la voluntad del Padre y su proyecto. Estar con Jesús es estar

con Dios. Actuar contra Jesús es actuar contra Dios.

Escuchar la palabra de Jesús y creer en el Padre son dos compromisos religiosos que conducen al hombre a la fe. Creer en el Padre y en Jesús quiere decir aceptar el mensaje de Dios, su plan de salvación para el hombre; es poseer la vida eterna, porque por medio de la palabra del Hijo, el hombre entra en comunión con el Padre y, por tanto, en la vida divina. El camino para unirse a la vida eterna es único: de la escucha a la fe y de la fe a la vida.

Todos los hombres muertos espiritualmente por el pecado están en grado de escuchar la voz del Hijo de Dios, pero sólo los que escuchan, abriéndose a la dinámica de la fe, pueden entrar en la vida.

Además de poder dar la vida, el Hijo del hombre tiene en las manos también el poder del juicio. Todos, al final de los tiempos, oirán la voz del juez uiniversal, y los muertos, saliendo de sus tumbas, recibirán el premio o el castigo según las obras de bien o de mal llevadas a cabo. Los que hayan elegido el bien y el amor, resucitarán para la vida, los que hayan escogido el mal y las tinieblas, resucitarán para la condena. En este juicio Jesús tendrá un solo criterio de evaluación: la voluntad del Padre.

22 marzo 2007

Jn 5,31-47

Como columna de su misión divina Jesús presenta cuatro testimonios: el Bautista, las propias obras, el Padre y las Escrituras.

Ante todo Jesús se remite al testimonio de Dios, expresada primero en un personaje misrioso y sin nombre (v. 32) y después lo retoma en seguida, de forma explícita, com el apelativo de Padre (vv. 37-38).

Jesús apela al testimonio del Padre: ella es verdadera, fuerte, inexpugnable, incontestable. El hombre peuede engañarse en sus juicios, Dios no.

El Bautista ha dado testimonio de la verdad de Cristo que es la verdad (Jn 14,6). Jesús no necesita testimonio humano; se remite al testimonio del Bautista sólo para favorecer la salvación de sus interlocutores. El testimonio del Bautista tuvo el fin de favorecer la fe de todos, sobre todo de los judíos (Jn 1,7). El Bautista ha preparado y favorecido la revelación de Jesús en Israel. (Jn 1,31).

Las autoridades religiosas de Jerusalén quisieron ser iluminadas por la palabra del Bautista, y por tal razón le enviaron una embajada (Jn 1,19ss). Pero sin embargo no aceptaron su testimonio; no quisieron reconocer a Jesús como Mesías e Hijo de Dios, a pesar de la proclamación clara y explícita del Bautista (Jn 1, 29 ss).

Después de haber citado en su favor el testimonio del Bautista, Jesús aporta uno mayor: las obras que cumple. Entre ellas ocupa un puesto de primer orden la resurrección de los muertos.

Los judíos no han experimentado nunca la presencia visible de Dios y no están en comunión con él, porque no creen en su enviado. La experiencia de Dios se concreta en su palabra en el corazón del hombre. Dios ha permanecido y continúa dando testimonio de su Hijo en el corazón de cada hombre. Sólo quien acoge la palabra de Dios en sí, acoge el testimonio del Padre.

Después del testimonio del Padre, Jesús recurre al testimonio de las Escrituras. El Antiguo Testamento debe llevar a la fe en Jesús, porque habla de él. "La ley era un instrumento de preparación. Los que la entendían, entraban en el designio de Dios y correspondían lo mejor que podían, eran guiados hacia el término querido por Dios, Jesucristo, en el cual sólo se ofrece la vida eterna" (Giblet). Los judíos que estudiaban las Escrituras deberían haber sido las personas más preparadas para acoger a Jesús. Pero los judíos no quieren creer en él.

A diferencia de los judíos que reciben la gloria unos de otros, y por eso no pueden crer, Jesús no recibe gloria de los hombres, no busca su aplauso. El amor de los judíos por la gloria humana es el amor del hombre por la grandeza falsa. Los adversarios están obstinados por la falta de fe porque aman más la gloria de los hombres que la de Dios. Rechazaron a los profetas y a Moisés en quienes tampoco creen.

Los judíos no creen en Jesús, ni en Moisés, no son hijos verdaderos de Abrahán, sino sólo desdendientes del diablo (cfr Jn 8,39-44): su falta de fe desmiente la veneración que dicen tener hacia estos padres del pueblo elegido.

Moisés escribió de Jesús: él es el centro de las Escrituras; la Ley y los primeros Profetas hablan de él (cfr Jn 1,45) y dan testimonio de él (Jn 5,39). Los enemigos de Jesús no creen en los escritos de Moisés: con mayor razón no pueden creer en las palabras del Hijo de Dios. Rechazan a Cristo, los judíos demuestran no creer ni siquiera en Moisés.

Jesús acusa a los judíos de no creer en su persona divina porque no buscan la gloria de Dios, sino la propia (Jn 5,44). La conducta de los judíos es un aviso también para nosotros porque nos servimos de la religión para nuestro prestigio o apariencia humana. El celo religioso puede ser tal vez una oculta sublimación de nuestro orgullo: nos servimos de Dios en lugar de servir a Dios.

La Iglesia, como Cristo, no debe buscar la gloria humana: "Como Cristo ha cumplido la redención a través de la pobreza y las persecuciones, así también la Iglesa es llamada a tomar concienca de sí misma para comunicar a los hombres los frutos de la salvación… La Iglesia no se ha formado para buscar la gloria de la tierra, sino para defender, con su ejemplo, la humildad y la abnegación" (Constitución dogmática sobre la Iglesia en el mundo del Concilio Vaticano II, 8).

23 marzo 2007

Jn 7,1-2.10.25-30

La Fiesta de las Chozas en el Nuevo Testamento se recuerda sólo aquí. Se celebraba al inicio del otoño; duraba una semana. En ella se daba gracias a Dios por las cosechas de los campos, y se invocaba la lluvia. Durante esta semana festiva los judíos vivían en las Chozas y en las terrazas de Jerusalén, para recordar la estancia de los hebreos en el desierto durante el éxodo. Además se celebraban procesiones desde la fuente de Siloé, donde se cogía el agua, hasta el templo. En fin, se daba mucha importancia a la iluminación nocturna del templo.

Sólo después de la salida de sus padres, Jesús se va a Jerusalén, de forma privada. Rechazó la sugestión tentadora de los padres de mostrarse y dar espectáculo. El ingreso triunfal del Mesías en Jerusalén se reserva para otro tiempo, cuando llegue su hora (cfr Jn 12,12ss).

Los habitantes de Jerusalén están al corriente del designio homicida de los jefes, por esto se maravillan de que Jesús hable libremente en público. Ellos conocen bien la teología mesiánica y saben que el origen de Jesús de Galilea es una prueba decisiva para excluir su mesianidad. Pero el origen de Jesús es un auténtico misterio. No obstante su aparente origen de Galilea, la patria terrena de Jesús es Judea; además de la fuente de su vida y de su misión no es un hombre, sino Dios.

Jesús retoma, en voz alta y con lenguaje irónico, la expresión precedente de los habitantes de Jerusalén acerca de su conocimiento de su identidad y de su origen. Estos judíos están muy seguros de su ciencia, pero viven en la más completa ignorancia de la verdadera ignorancia de la verdadera naturaleza de Jesús. En este contexto Jesús insinúa su origen divino, proclamando que no ha venido por sí, sino enviado por el Veraz. El que ha mandado a Jesús es veraz, esto es, no engaña y se revela de modo auténtico en su enviado. Esta persona veraz no es conocida por los judíos; también si se consideran hijos de Dios, son hijos del diablo homicida (cfr Jn 8,39-44) porque cumplen las obras del padre, buscan matar a Jesús.

La ignorancia de Dios y de su enviado por parte de los enemigos de Jesús es una trágica realidad, reconocida también en los discursos de la última cena (cfr Jn 16,3; 17,25).

Los enemigos de Jesús no pueden capturarlo porque no ha llegado el tiempo de su muerte y resurrección.

24 marzo 2007

Jn 7,40-53

La palabra “Cristo” indica el “consagrado” de Dios, que llevaría a cabo las esperanzas definitivas del pueblo de Dios, trayendo la paz y la plenitud de los bienes de la salvación.

No todos los oyentes de Jesús ven en él a Cristo: algunos ven imposible tal reconocimiento por su origen de Galilea: la Escritura es mucho más explícita en este aspecto (cfr Jn 7,41-42).

En la escena final de este capítulo, lo sumos sacerdotes y los fariseos argumentaban del mismo modo. La sentencia de los jefes: "De Galilea no sale profeta" (v. 52) cierra el último acto de este drama sobre el origen del Mesías.

En Jn 7,30 había habido ya un intento de arrestar a Jesús; había ido de vacío porque no había llegado todavía su hora de pasión y resurrección. También en 7,44 el intento de los judíos no tiene éxito.

La respuesta de los guardias resalta la fascinación que emanaba de Jesús. En su simplicidad estos hombres son considerados con estupor y admiración por las palabras de Jesús. Los fariseos por el contrario lo ven mal y manifiestan abiertamente su animosidad y su ceguera. Para ellos Jesús es un seductor que atrae a la gente ignorante (cfr Jn 7,12; Mt 27,63).

La arrogancia de los fariseos llega al colmo cuando considera maldito al pueblo que no conoce la Ley: se trataba de conciudadanos, analfabetos, siervos. Este desprecio de los doctos por los ignorantes y los humildes está bien documentado en los escritos judíos.

No todos los jefes compartían esta hostilidad de los sumos sacerdotes y fariseos. Nicodemo disiente del juicio de sus colegas y tuvo el valor de defender a Jesús apelando a las leyes mosaicas. En la Ley está prescrito escuchar las causas de todos los hermanos sin tener opiniones personales (Lv 19,15; Dt 1,16-17) e indagar con diligencia para evitar falsos testimonios (Dt 19,15-20). Los jefes del pueblo reaccionan a la idea de Nicodemo acerca de la legalidad de su compromiso y dejan en evidencia su desdén e irritación.

En mérito del origen del Mesías la Escritura es clara: Cristo es descendiente de David (2Sam 7,12-16; Is 11,1-2; Jer 23,5-6; 33,15; Sal 89,5.37) y dene nacer en Belén de Judea (Mi 5,1). Por tanto el profeta de Nazaret no podía ser absolutamente el Mesías.

Juan puede ahora cerrar esta parte del malentendido entre Jesús y las autoridades judías, haciéndonos entender que la vida de Jesús está orientada al epílogo de la cruz.

25 marzo 2007

Jn 8,1-11

La inserción de este relato interrumpe la unidad de los dos actos dramáticos, centrados en la msesianidad de Jesús (Jn 7) y sobre su divinidad (Jn 8,12-57).

El Cristo de Jn 8, 1-11 aparece mucho más semejante en el de los sinópticos, y de modo particular al Jesús de Lucas, que el del Evangelio de Juan.

Los escribas y fariseos han condenado ya en sus corazón a la pobre mujer cogida en falta. La llevan a Jesús tan sólo para tenderle un lazo. La ley judaica es muy explícita en esta materia: la adúltera debe morir. Ahora bien, si Jesús absuelve a la pecadora va contra la Ley y por tanto se condena por sí solo; si se muestra juez severo se desacredita deante de todos, renegando de su doctrina sobre Dios clemente y misericordioso. La petición de los escribas y fariseos se revela muy hábil y astuta.

Jesús no aboca sin embargo en la astucia. Se inclina y escribe con el dedo en el suelo. Según algunos exegetas, Jesús quería recordar simbólicamente a Jeremías 17,13: "Cuantos se alejan de ti serán escritos en el polvo, porque han abandonado la fuente de agua viva, el Señor".

Quizá Jesús, con el gesto de escribir, ha querido manifestar su deseo de no intervenir o de no mostrar su indignación por su hipocresía.

"Quién de vosotros esté sin pecado, tire la primera piedra contra ella". Esta respuesta digna del Hijo de Dios por su sabiduría, sencillez y profundidad quita a los adversarios todo argumento para condenar a la adúltera, es decir a Jesús. ¿Cómo puede un pecador condenar a otro pecador?

La expresión "tire la primera piedra" recuerda el Dt 13,10 donde se ordena que los testimonios oculares deben dar inicio a la ejecución de la condena a muerte.

Después de una respuesta tan sabia, Jesús se inclina de nuevo para escribir en el suelo. Este gesto quiere plantear a los jueces ante su responsabilidad e invitarlos a una decisión sincera y libre. Los presentes reconocen ser pecadores y se van. El acento en los más ancianos quiere insinuar que aquellos comprendieron pronto la lección. Quizá hay una constatación evidente: con el crecer de los años se acumulan también los pecados.

En esta narración hay una alusión a la historia de Susana (Dn 13), en la que los ancianos que intentaron seducir a la chica se presentan como hombres perversos, envejecidos en el mal, llenos de pecados y de iniquidad.

Eclipsados los acusadores, en la escena se quedan sólo Jesús y la mujer. Pero el Hijo del hombre no ha venido para condenar, sino para salvar (cfr Jn 3,17). Dios no quiere la muerte del pecador, sino su conversión, para que viva feliz (Ez 18,23; 33,11; Sab 11,23.26).

La exhortación a no pecar era una vuelta al enfermo curado en la piscina de Betzeda (cfr Jn 5,14): la misericordia y el perdón no minimizan la gravedad del pecado.

Este relato contiene un drama de exquisita belleza, en el cual se enfrentan una criatura frágil y el único hombre sin pecado. La pobre pecadora aparece en toda la miseria de su culpa: no sólo ha perdido públicamente el honor, sino incluso que pudo perder la vida.

La dramaticidad de la escena se da sobre todo en el enfrentamiento entre la miseria de la criatura y la santidad de Cristo, que se manifiesta misericordia infinita.

En antítesis con los escribas y fariseos, despiadados en la aplicación de la ley de Moisés contra la adúltera, Jesús se manifiesta como la misericordia encarnada y pronuncia un juicio de absolución plena: "Tampoco yo te condeno".

San Agustín comentaba esta escena con una frase lapidaria: "Quedaron dos: la pecadora y la misericordia (Jesús).

Jesús no juzga a nadie (cfr Jn 8, 15) porque ha venido a salvar a la humanidad pecadora (cfr Jn 3, 17; 12, 47). El es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (cfr Jn 1,29; 4,42; 1Jn 4,14).

26 marzo 2007

Jn 8,12-20

El diálogo entre Jesús y los judíos se abre con la solemne proclación: " Soy la luz del mundo. Con esta afirmación, Jesús recuerda la fiesta de las luminarias de las Chozas, en las que se iluminaba el templo de Jerusalén con mucha profusión de luces. Superando el horizonte judaico, Jesús se proclama luz no sólo de Jerusalén, sino de toda la humanidad. El por primera vez, se proclama, de modo solemne y explícito, la luz del mundo, esto es, la revelación divina que trae la verdad y la salvación.

Para no caminar en las tinieblas, hay que seguir a Cristo y ser sus discípulos. Camina en las tinieblas quien rechaza la adhesión personal al Hijo de Dios (cfr Jn 12,35.46) y quien odia al propio hermano (cfr 1Jn 2,9.11).

Los judíos acusan a Jesús de vanagloria porque da testimonio de sí mismo y por eso concluyen que su testimonio no es veraz. En 5,32-37 Jesús ya había dado este testimonio en su favor con el testimonio de Juan Bautista y por las obras llevadas a cabo por su Padre. Ahora afirma que su testimonio es esperado porque él es una persona divina.

En 5,31 Jesús había dicho: "Si diese testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verdadero". Ahora bien, a quien parece decir lo contrario: "También yo doy testimonio de mí mismo, y mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy" (v. 14). En el primer caso Jesús hablaba de su testimonio humano, en el segundo se apela a su naturaleza divina. Jesús conoce por ciencia divina el misterio de su origen.

Los fariseos ingnoran completamente la verdadera identidada de Jesús y de su origen divino porque juzgan según la carne, a diferencia del Hijo de Dios que vive en sintonía y en comununión con el Padre que lo ha enviado. Jesús que está lleno de la gracia de la verdad (cfr Jn 1,14.17) no sólo es la revelación viva del Padre, sino que con su juicio muestra el estado real de los hombres. La razón de la veracidad del juicio de Cristo reside en su íntima unión con el Padre. De tal modo se respeta también la exigencia de la ley mosaica, que exige el testimonio de dos personas, porque Jesús no está solo, porque el Padre está siempre con él (cfr Jn 8,29; 16,32).

"Le dijeron entonces: ‘¿Dónde está tu padre?’. Responde Jesús: ‘No me conocéis a mí ni a mi Padre, si me conocierais a mí conoceríais también a mi Padre’ ". Esta respuesta de Jesús insinúa implícitamente su divinidad. El declara que uno solo es su Padre, Dios, y que para conocer al Padre, es preciso conocer también a su Hijo.

Los judíos ignoran la verdadera identidad de Jesús, no saben que es Hijo de Dios y mucho menos se imaginan para llegar a Dios hay que pasar por Cristo. Jesús declara que nadie puede ir al Padre si no es por medio de quien lo ha enviado, verdad y vida; que para conocer al Padre hace falta coocer al Hijo; que viendo a Jesús se ve al Padre, porque uno vive en el otro (cfr Jn 14,6-11).

Jesús ataca el judaísmo y le niega todo su orgullo: el cocimiento de Dios. Los hebreos no conocen a Dios, porque rechazan al Hijo de Dios.

Esta revelación sublime de la vida trinitaria se proclamó en la cámara del tesoro del templo. Tal precisión quizá quiere decir dar al testimonio un carácter más oficial y más solemne.

La frase final "Y ninguno lo arrestó, porque todavía no había llegado su hora" es un ritornello que recorre varias veces el evangelio. Eso quiere decir evidenciar la imposibilidad, para los enemigos, para impedir a Jesús que cumpla su misión según el designio del Padre.

27 marzo 2007

Jn 8,21-30

Jesús, para estimular a sus adeversarios a cambiar su compromiso en sus enfrentamientos, se convierte en polémico y hace ver la amenaza de la muerte en el pecado. Está para volver a Dios: con su pasión y resurrección pasa de este mundo al Padre (cfr Jn 13,1); sus enemigos no podrán unirse a él en la vida eterna; por el contrario, con la muerte por el pecado de incredulidad, se separarán eternamente de él.

La reacción de los judíos es mucho más sarcástica que en 7,35. Allí sus adversarios

hipotizaban su destierro a tierra pagana, los que aquí hablan , es suicidio.

La idea de que la fuente de la vida y de la luz pueda suicidarse es posible sólo a los hijos del diablo. En ningún otro paso del evangelio encontramos expresiones más sarcásticas y blafemias contra el Hijo de Dios.

La respuesta de Jesús al insulto satánico de los judíos es tajante y dura: sois bajunos, del mundo tenebroso, yo soy de arriba, de origen divino. En Jn 8,44 explicitará mayormente el origen satánico de sus adversarios: su padre es el diablo, el homicida desde el inicio hasta el fin. Escribe Loisy: "Los judíos piensan reírse de Cristo; pero son ellos los que hacen el ridículo trágicamente".

SI los judíos se obstinan en no abrirse a la luz, que es Cristo, su suerte está sellada: morirán en sus pecados. La obstinación en el rechazo de la luz (cfr Jn 9,41), esto es, la oposición fundamental contra el Hijo de Dios, conduce a la muerte eterna (cfr 1Jn 5,16-17). Esto es el pecado específico del mundo tenebroso (cfr Jn 16,8-9).

La resurrección y la vida se encuentran en Jesús; para no morir es necesario creer en su divinidad (cfr Jn 11,25-26). Las palabras "Yo soy" indican con claridad la divinidad de Cristo. "Yo soy" es la traducción del nombre hebreo de Yahvé, por tanto expresa la divinidad de la persona de Jesús.

Los interlocutores de Jesús no han hecho todavía su declaración, cosa inaudita, de que era Dios. La comprensión plena del “Yo soy" se reserva a la escena final (vv. 58-59). Por esto los judíos

preguntan a Jesús: “¿Quién eres?”. El interrogativo “Quién es Jesús” es fundamental en el evangelio de Juan.

La respuesta de Jesús aparece muy enigmática. Desde el principio el Logos es lo que dice, es decir, Palabra (Jn 1,1), la manifestación de la vida y del amor del Padre.

El Logos encarnado no manifiesta sólo el misterio de Dios, pero conoce bien al hombre; por tanto puede hablar de sus interlocutores sin equivocarse. Jesús revela al mundo lo que ha oído del Padre que lo ha enviado. El evangelio anota: los judíos no entendieron que les hablaba de su Padre.

La divinidad de Jesús será reconocida cuando sea elevado en la cruz. También los judíos para tener la vida deberán creer en el Logos encarnado y exaltado en la cruz. Con la exaltación del hombre Jesús sobre la cruz no tendrá sólo el reconocimiento de su divinidad, sino también el de su función de revelador definitivo, en plena y perfecta dependencia del Padre.

El Padre y el Hijo viven siempre íntimamente unidos y forman una sola cosa por la que el Logos encarnado no puede nunca ser abandonado por Dios. Esta unidad perfecta entre Jesús y el Padre tiene como consecuencia el perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre. En la Trinidad existe una sola voluntad divina.

La pausa descrita sobre la fe de muchas personas a la escucha sirve como pasaje a la otra escena en la que se desarrolla una nueva temática teológica, la de la verdadera libertad de

los hijos de Abrahán. También aquí parece tratarse de una fe superficial, como la de Nicodemo y de los otros habitantes de Jerusalén.

28 marzo 2007

Jn 8,31-42

La fe auténtica no se reduce a una adhesión momentánea a Cristo, sino que exige perseverancia y fidelidad a Cristo, Palbra viva del Padre. El verdadero discípulo de Cristo se reconoce por esta permanencia continua e íntima en Jesús. Sólo entonces se reconoce la verdad que libera de toda esclavitud.

Se trata de un conocimiento existencial y vital, de una comunión íntima con el Hijo de Dios. El conocimiento de la verdad no es por tanto algo especulativo. La verdad de Jesús en persona (cfr Jn 14,6). La verdad, es decir Cristo mismo, en cuanto manifestación de la vida divina, obrará la liberación del hombre, como se ha aclarado en 8,36. Por tanto la libertad plena se vive en la fe, creyendo existencialmente en Jesús.

Las palabras de Jesús provocan la reacción de sus interlocutores, ofendidos por sus afirmaciones sobre la liberación obrada por la verdad. Los judíos se proclaman pesonas libres e hijos de Abrahán. Se sienten orgullosos de no haber sido nunca esclavos de nadie. Para Jesús

la libertad y la esclavitud son de orden moral, mientras que sus interlocutores entienden estos términos en clave política.

Jesús habla de la esclavitud y de la libertad moral en relación con el pecado. Enseña que la verdadera esclavitud es la de orden religioso: es esclavo quien ha pecado. En estos textos de Juan el pecado indica opción fundamental contra la luz, es decir, la incredulidad. La frase "El esclavo no siempre permanece en la casa" contiene una velada amenaza de expulsión de los judíos de la casa de Dios, del reino y de la amistad con el Padre.

En el v. 35 el término "hijo" se toma en sentido genérico, para aplicarse a todos los hombres; sin embargo está abierto al significado específico divino, para indicar al Hijo unigénito del Padre. En realidad en el v. 36 tenemos esta pasaje. Aquí se habla del Hijo liberador. Jesús es el Logos encarnado, la verdad personificada, la única que puede liberar al hombre del pecado. El es el Hijo de Dios que permanece para siempre en la casa del Padre.

Después de haber desarrollado la temática de la verdadera esclavitud y de la verdadera libertad, Jesús afirma de los judíos que son descendientes de Abrahán y los demuestra que son hijos de otro padre.

Es un lenguaje misterioso que se aclarará en la escena sucesiva (v. 44). Por la descendencia natural los hebreos son hijos de Abrahán, pero por el ánimo y los comportamientos son hijos del

diablo. Intentando matar a Jesús hacen una obra diabólica porque el diablo es homicida desde el principio.

Los judíos, con su incredulidad, reniegan de su origen de Abrahán, hombre de gran fe. Su intento homicida se explica por el rechazo de la revelación divina de Cristo: "Mi palabra no penetra en vosotros".

La oposición entre Jesús y los judíos está en el influjo de los respectivos padres. El Logos encarnado revela lo que ha visto y sigue viendo en el Padre. Los judíos revelan lo que les inspira el demonio.

Los judíos, con sus prácticas, reniegan de su descendencia de Abrahán. Estos no sólo no cumplen las obras del patriarca, caracterizadas por una fe profunda en Dios y por la adhesión incondicional a su palabra (cfr Gen 12,1ss; 15,1-7), sino que se oponen al enviado por el Padre y buscan matarlo. La alusión final de Jesús sobre la verdadera paternidad de los judíos suscita su protesta.

La fornicación indica infidelidad idolátrica. Los judíos por tanto hablan de su fidelidad a la alianza mosaica y proclaman que no han traicionado el pacto con Dios adorando otras divinidades: "Tenemos solo un padre, Dios". Esta expresión lleva al inicio del esquema: "Escucha , Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo" (Dt 6, 4). En el Antiguo Testamento Yahvé se presenta a menudo como padre de Israel.

Si los judíos tuvieran un solo padre, Dios, deberían amar a Jesús porque ha sido enviado por el Padre. Jesús quiere demostrar que los judíos no son hijos de Dios, porque no aman al enviado de Dios que ha salido del Padre.

29 marzo 2007

Jn 8,51-59

Jesús retoma la temática de la inmortalidad derivada de la observancia de su palabra. En 5,24 había asegurado el paso de la muerte a la vida para quien escucha su palabra, esto es, cree en su revelación y vive según ella. Cristo es la resurrección y la vida, porque quien cree en él, incluso si experimenta la muerte temporal, evitará la muerte eterna, es decir, el infierno (8,25-26).

Jesús hace depender la vida eterna y la inmortalidad de la escucha de su palabra, de la adhesión existencial y práctiva a su mensaje. En antítesis con el diablo mentiroso que engañó a nuestros progenitores con su palabra falsa (cfr Gen 2,17; 3,2ss) y trajo al mundo la muerte (cfr Sab 2,24), Jesús, con su palabra divina, es fuente de vida e inmortalidad.

La reacción de los judíos es ultrajante. La afirmación de Jesús es severamente inaudita para un simple hombre, porque también los personajes más grandes de la historia de salvación han muerto. Si Jesús no fuese Hijo de

Dios, su pretensión de dar la inmortalidad sería absurda.

La respuesta de Jesús hace ver su grandeza excepcional.: en la frase final del diálogo dramático (v. 58), Jesús proclama explícitamente su divinidad y por tanto también la superioridad frente al gran patriarca del pueblo judío, Abrahán.

La afirmación de los judíos que sostienen a Dios como su padre es falso. Ignoran completamente por qué no observan su palabra. El conocimiento de Dios no se reduce a la esfera especulativa, sino que se adquiere y se demuestra observando sus mandamiento. El verdadero conocimiento de Dios y de su Hijo se reduce al amor concreto y operativo.

A la pregunta de los judíos: "¿Eres tú acaso más grande que nuestro padre Abrahán?", Jesús responde que el padre del pueblo hebreo estaba completamente orientado al tiempo del Mesías y vivió en función de él. El nacimiento de su Hijo Isaac fue motivo de alegría (cfr Gen 18,1-15; 21,1-7) porque en él se realizaban las promesas mesiánicas. Al anuncio de este alegre evento, el patriarca se echó a reír (cfr Gen 17,17),es decir, se alegró y se gozó, porque en el nacimiento del hijo ve la descendencia de la que nacería Cristo. Abrahán ve el día de Jesús, como Isaías ve su gloria (cfr Jn 12,41) y Moisés escribió de él (cfr Jn 5,46): todo el Antiguo Testamento está en función de Jesús.

"Le dijeron los judíos: “¿No tienes 40 años y has visto a Abrahán?". Esta intervención final de los judíos prepara la solemne proclamación de la divinidad de Jesús. Observemos que ellos deforman la afirmación de Jesús. Ha dicho que Abrahán vio su día.

Los judíos toman a risa de lo que Jesús afirmó de haber visto a Abrahán. Para los judíos incrédulos es inconcebible que Jesús sea objeto de la contemplación de Abrahán, tan lejos estaban de comprender la verdadera identidad del Hijo de Dios.

"En verdad, en verdad os digo: antes de que Abrahán existiera, existo yo". La respuesta de Jesús es el vértice de todo diálogo dramático del capítulo 8. Ella contiene la proclamación explícita de la divinidad de Jesús. Contraponiéndose al patriarca más grande del Antiguo Testamento, cuya vida y muerte se describe la Escritura, Jesús se presenta como el “Yo soy”, el Viviente, el verdadero Dios, Yahvé en persona.

La reacción de los judíos confirma el significado divino de la expresión empleada por Jesús. Para ellos es un blasfemo, porque se ha proclamado Dios y por tanto merece la lapidación como prescribe la ley de Moisés (cfr Lv 24, 16).

Este esconderse de Jesús tiene un profundo significado teológico: es el eclipse del Sol, que es el Logos encarnado, ante la incredulidad de sus interlocutores.

El capítulo 9 cintinuará este tema de la luz de Cristo en el episodio de la curación del ciego.

30 marzo 2007

Jn 10,31-42

El diálogo con los judíos, reportado en los capítulos 7 8 había tenido como epílogo la tentativa de matar a Jesús. Aquí intentan una vez más lapidarlo. Las palabras de Jesús de ser una cosa con Dios se revelan escandalosas a los ojos de los judíos incrédulos.

Jesús demuestra ser el Hijo de Dios con una doble argumentación, la de la Escritura y la de las obras edxtraordinarias llevadas a cabo en nombre del Padre. Jesús reacciona ante el gesto violento de sus adversarios: "¿Os he mostrado muchas obras buenas de mi Padre, por cuál de éstas me lapidáis?" (v. 32). Los judíos replican que lo quieren lapidar por la blsfemia pronunciada, porque se proclama Dios. Jesús argumenta en el Salmo 81 el valor incontestable para los judíos, que como simples hombres se llaman dioses e hijos del Altísimo, siendo así que el Hijo de Dios es aquel que el Padre ha consagrado y mandado al mundo para ser el revelador definitivo y el salvador universal.

La segunda argumentación de Jesús, o prueba de su divinidad, está constituida por obras excepcionales cumplidas en el nombre del Padre (cfr Jn 10,37-38). Es el Padre el que, en el Hijo, cumple sus obras (cfr Jn 14,10-11).

Los judíos estarían sin culpa si Jesús no hubiede cumplido obras que nadie otro ha hecho en el

mundo; pero ahora no tienen excusa por este pecado (cfr Jn 15,23-25). Las obras excepcionales cumplidas por Jesús tienen una finalidad muy precisa: favorecer la fe en su divinidad: " Creed en mis obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre (Jn 10,38).

Jesús de retira a Betania, al pueblo de Lázaro, una localidad situada a la izquierda del Jordán donde el Bautista había desarrollado su primer ministerio (cfr Jn 1,28). Este rertorno de Jesús al lugar donde había tenido el inicio de su revelación pública lo hace con una inclusión solemne entre Jn 1,28ss y 10,40ss. Quizá el evangelista quiere insinuar que su manifestación ante el mundo iniciada en Betania se concluye, tras haberse enfrentado contra el muro de la incredulidad de los judíos.

Estas personas que van a Jesús (v. 41) indican el movimiento de la fe. Los nuevos discípulos constatan que las cosas dichas por Juan Bautista sobre la narración de Jesús son verdaderas. Estas personas que creen existencialmente en el Hijo de Dios se revelan buenas: escuchan y lo siguen (cfr Jn 10,27).

31 marzo 2007

Jn 11,45-56

Este relato ilustra la reacción se opone al signo de la resurrección de Lázaro: muchos espectadores del milagro creen en Jesús, los jefes del pueblo decretan su muerte, obstinándose en su ceguera voluntaria.

Jn 11,45-57 prepara la pasión y la crucifixión de Cristo. Este relato tiene un profundo significado teológico. No sólo determina que Jesús debe morir, sino que establece también el fin y el efecto de esta muerte: él muere “para unir juntamente a los hijos de Dios que estaban dispersos." (v. 52).

Este es uno de los pocos relatos del evangelio de Juan que habla del valor salvífico de la muerte de Jesús.

El prodigio de la resurrección de Lázaro ha favorecido la fe de muchos judíos llegados por María. Los signos obrados por Jesús deben favorecer la fe (cfr Jn 20,30-31). Es necesario creer en el Hijo de Dios al menos por los signos excepcionales realizados por él (cfr Jn 14,11). Sin embargo la fe profunda debe prescindir de ver, para quienes Jesús proclama felices a los discípulos que creen sin haber visto (cfr Jn 20,29).

No todos los judíos presentes en Betania han creído, ya que algunos fueron en seguida a avisar a los sumos sacerdotes y fariseos los cuales tomaron la ocasión de esta noticia para reunir con urgencia el consejo supremo.

Los sumos sacerdotes y los fariseos mostraron sus preocupaciones por el comportamiento de Jesús e implícitamente reconocen su impotencia ante los signos realizados por él. La admisión de que Jesús cumple muchos prodigios no estimula a los judíos a creer, sino al contrario, los impulsa a tomar medidas represivas en sus enfrentamientos. La preocupación mayor de los jefes religiosos de los hebreos es de carácter político: temen perder el poder.

Cuando Juan escribía su evangelio, la deportación de los hebreos y la destrucción de Jerusalén hecha poor los romanos era una hecho cumplido. Los jefes del pueblo que temían desastres sociales por motivo de la fe en Cristo, no se dieron cuenta de que estos males habrían sido una consecuencia de su incredulidad, un castigo por haber rechazado al Mesías (cfr Lc 19,41-44).

Caifás en su intervención declara que es conveniente sacrificar a un hombre para evitar la ruina de la nación entera. Para el evangelista estas expresiones de Caifás adquieren un significado muy profundo. Jesús muere en favor de la humanidad entera, para dar la vida al mundo (cfr Jn 6,51), para salvar la grey de Dios (cfr Jn 10,11.15), para santificar a los discípulos en la verdad (cfr Jn 17,19).

Los hijos de Dios son los discípulos de Jesús, generados por Dios (cfr Jn 1,12-13). Su distintivo es la fe y el amor. Este pueblo que ha sido adquirido por el Señor (cfr 1Pt 1,19) es la Iglesia, la esposa de Cristo, inmaculada y santa (cfr Ef 5,25-27).

La muerte de Cristo tiene una finalidad salvífica uniendo a los hijos dispersos de Dios. El pecado es la división, la salvación es vida en unidad con Dios y los hermanos. La muerte de Jesús realiza el oráculo de Ezequiel 34,12-13 que predecía la reunión de las ovejas del Señor, reuniéndolas de todas las regiones en las cuales estaban dispersas para formar un solo rebaño y un solo pastor.

Después de la decisión del sanedrín, Jesús se retiró a los márgenes del desierto de Judea. Estos sucesos se verificarán a los pocos días de Pascua. Los judíos que habitaban en campaña salían algún día antes de la solemnidad para purificarse según las prescripciones de la ley, sobreponiéndola a los ritos de aspersión con la sangre de los corderos (cfr 2Cr 30,15ss). Estos peregrinos buscan a Jesús. Su búsqueda era sincera. Estos campistas cantaban a Jesús “Hosanna” con ocasión de de su entrada triunfal en Jerusalén (cfr Jn 12,12).